

LA CRONOLOGÍA DEL AGUA

Lidia Yuknavitch

Traducido del inglés por Rocío Gómez de los Riscos

CARMOT
PRESS



Título original: *The chronology of water: a memoir*

*Published by arrangement with Canongate Books Ltd,
14 High Street, Edinburgh EH1 1TE*

Primera edición: septiembre de 2019

© 2011, Lidia Yuknavitch, por el texto

© 2018, Rocío Gómez de los Riscos, por la traducción

© 2019, de la presente edición en español para todo el mundo:

Carmot Press, S. L.

Calle Madrid 118, 3D

28903 Getafe (Madrid)

www.carmotpress.com

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-949250-0-9

Depósito legal: M-24466-2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, en todo o en parte, solo puede ser realizada con la autorización escrita de los titulares de la propiedad intelectual, salvo excepción prevista por la ley. Reservados todos los derechos de edición en español para todo el mundo.

LA CRONOLOGÍA DEL AGUA

Índice

La cronología del agua

| | |
|--------------------------------------|-----|
| I. Aguantar la respiración | 17 |
| II. Debajo del agua | 103 |
| III. La humedad | 137 |
| IV. Reanimaciones | 193 |
| V. La otra cara del ahogamiento..... | 237 |

Este libro es para Andy y Miles Mingo, y está escrito a través de ellos.

«Di toda la verdad, pero dila sesgada.»

EMILY DICKINSON

«¿Felicidad? Las historias felices son bazofia.»

KEN KESEY

«Aquí yace alguien cuyo nombre fue escrito
en el agua.»

JOHN KEATS

I. Aguantar la respiración

La cronología del agua

El día que mi hija nació muerta, después de sostener ese futuro tierno e inerte de labios rosados en mis brazos temblorosos, mientras le cubría la cara de lágrimas y besos; después de que le dieran mi niña sin vida a mi hermana, que la besó, seguida de mi primer marido, que también la besó, y luego a mi madre, que fue incapaz de abrazarla, y de sacarla de la habitación del hospital, una cosita envuelta y sin vida; después de todo eso, la enfermera me dio tranquilizantes, una pastilla de jabón y una esponja. Me llevó a una ducha especial con un asiento. El agua pulverizada cayó sobre mí ligeramente, cálida. Me dijo: «Sienta bien el agua, ¿verdad? Sigues sangrando bastante. No pasa nada». Abierta desde la vagina hasta el recto y cosida. El agua me resbalaba por el cuerpo.

Me senté en el taburete y eché la cortinita de plástico. La escuchaba tararear. Yo sangraba, lloraba, meaba y vomitaba. Me transformé en agua.

Al final volvió para, en sus palabras, evitar que me ahogara. Era una broma. Me hizo sonreír.

Es difícil mantener a raya las pequeñas tragedias. Se hinchan y se sumergen en los grandes sumideros del cerebro. Es difícil saber qué pensar de la vida cuando estás con el agua

hasta el cuello. Quieres salir, explicar que ha debido de haber un error. Tú, que se supone que eres nadadora. Y luego ves las olas, sin un patrón definido, envolviendo a todos, arrojándolos, muchas cabezas flotando, y lo único que puedes hacer es reírte entre sollozos de esos estúpidos que parecen corchos de pesca. La risa te desprende del delirio del dolor.

Cuando supimos que la vida que llevaba dentro estaba muerta, me dijeron que lo mejor era seguir adelante con el parto vaginal. Así mi cuerpo seguiría estando fuerte y sano para el futuro. Mi útero. Mi matriz. Mi canal vaginal. Como la pena me había dejado sin habla, accedí a lo que me dijeron.

El parto duró treinta y ocho horas. Cuando tienes un bebé en tu interior que no se mueve, el proceso habitual se estanca. Nada era capaz de mover a la hija que tenía dentro. Ni siquiera horas y horas de oxitocina. Ni mi primer marido, que se quedó dormido durante su turno. Ni mi hermana, que entró y casi lo sacó de los pelos.

Y entre medias me sentaba en el borde de la cama y ella me cogía por los hombros, y cuando llegaba el dolor me apretaba contra su cuerpo y decía: «Venga, respira». Percibí una fuerza en ella que nunca he vuelto a ver. Percibí ese arrebatado de fuerza propio de una madre emerger de mi hermana.

Un dolor así durante mucho tiempo es agotador para cualquier cuerpo. Ni siquiera veinticinco años de natación fueron de ayuda.

Cuando finalmente llegó, me colocaron a la pequeña niña-pep muerta sobre el pecho como si fuera un bebé con vida.

La besé, la abracé y le hablé como si estuviera viva.

Tenía las pestañas muy largas.

Todavía tenía las mejillas rojas. No entendía cómo era posible. Pensaba que estarían azules.

Sus labios eran como un capullo de rosa.

Cuando finalmente me la quitaron, el último pensamiento incontestable que tuve, una irreflexión que duraría meses, fue: «Si esto es la muerte, elijo estar muerta en vida».

Cuando me llevaron de vuelta a casa, aquel lugar en el que entré me pareció extraño. Podía verlos y oírlos, pero si alguien me tocaba retrocedía y no hablaba. Me pasé los días sola en la cama sumida en un grito que se convirtió en un largo lamento. Creo que mi mirada me delataba, porque cuando la gente me miraba decía: «¿Lidia?, ¿Lidia?».

Un día, mientras cuidaban de mí —creo que alguien me estaba dando de comer—, miré por la ventana de la cocina y vi a una mujer robando el correo de los buzones de nuestra calle. Era sigilosa, como una criatura de los bosques. Su manera de otear a su alrededor, mirando de un lado a otro de forma acelerada, y el modo de moverse de un buzón a otro, descartando algunas cosas pero otras no, me hizo reír. Cuando llegó a mi buzón, vi que se guardó en el bolsillo parte de mi correo. Me reí a carcajadas. Se me salieron los huevos revueltos de la boca, pero nadie sabía por qué. Parecían preocupados, como si no supieran muy bien qué estaba pasando. Parecían caricaturas de sí mismos. Pero yo no dije nada.

Nunca sentí que estuviera loca, solo ida. Cuando cogí toda la ropa de bebé que me habían dado para la recién nacida y la coloqué en hileras sobre la alfombra azul oscuro alternando las prendas con piedras, a mí me pareció de lo más normal. Pero, una vez más, quienes me rodeaban se preocuparon por mí. Mi hermana. Philip (mi marido). Mis padres, que habían venido a pasar una semana. Extraños.

Cuando me senté tranquilamente en el suelo del súper e hice pis, sentí que había hecho lo que me pedía el cuerpo. No

recuerdo bien cómo reaccionaron los cajeros. Solo me acuerdo de sus delantales de pana azul con el logo de Albertson's. Una de las mujeres llevaba un moño colmena y los labios de un rojo lata de Coca-Cola vieja. Recuerdo haber pensado que me había colado en otra época.

Después, cuando iba a algún sitio con mi hermana —con quien vivía en Eugene—, de compras, a nadar o a la Universidad de Oregón, la gente me preguntaba por el bebé. Mentía sin pensármelo y decía: «¡Ay, es el bebé más guapo del mundo! ¡Tiene las pestañas larguísimas!». Incluso dos años después, cuando una conocida me paró en la biblioteca para preguntarme por mi nueva hija, le dije: «Es maravillosa, es mi luz. ¡Ya hace dibujos en la guardería!».

Nunca me planteé dejar de mentir. No era consciente de que lo hacía. Simplemente seguía con la historia, aferrándome a ella de por vida.

Pensé en empezar este libro con mi infancia, el comienzo de mi vida. Pero no es así como lo recuerdo. Los recuerdos me vienen en forma de destellos. Desordenados. La vida se sucede sin ningún tipo de orden. Los acontecimientos no tienen la relación causa-efecto que nos gustaría. Todo es un conjunto de fragmentos, repeticiones y patrones. Esto es lo que tienen en común el lenguaje y el agua.

Todos los acontecimientos de mi vida se entremezclan. Sin cronología, como en los sueños. Por eso, si tengo un recuerdo de una relación, o de una bicicleta, o de mi amor por la literatura y el arte, o de cuando mis labios entraron en contacto con el alcohol por primera vez, o de lo mucho que adoraba a mi hermana, o del día que mi padre me tocó, no hay una línea temporal. El lenguaje es una metáfora de la experiencia. Es arbitrario, como la aglomeración caótica de imágenes que

llamamos memoria, pero podemos ordenarlo para narrativizar el miedo.

Después de dar a luz a un bebé sin vida, las palabras «nacida muerta» vivieron en mi interior durante muchos meses. Las personas que me rodeaban simplemente veían una tristeza insoportable. La gente no sabe cómo comportarse cuando el dolor entra en casa. La pena iba conmigo a todas partes, como una hija. A nadie se le daba bien estar con nosotras. Me decían estupideces sin darse cuenta, como «seguro que pronto vendrá otro»; o miraban ligeramente por encima de mi cabeza cuando hablaban conmigo. Cualquier cosa con tal de evitar la tristeza que rezumaba mi piel.

Una mañana, mi hermana me escuchó llorar en la ducha. Tiró de la cortina, me vio sujetándome mi barriga vacía y desolada, y se metió conmigo para abrazarme, totalmente vestida. Creo que estuvimos así como veinte minutos.

Puede que sea lo más tierno que han hecho por mí en toda mi vida.

Nací por cesárea. Mi madre tenía una pierna quince centímetros más corta que la otra, por lo que sus caderas eran asimétricas. Mucho. Los médicos le dijeron que no podría tener hijos. No sé si admirar su voluntad implacable de tenernos a mi hermana y a mí o si preguntarme qué clase de mujer correría el riesgo de matar a sus propios bebés antes de nacer aplastándoles la cabeza con su pelvis asimétrica. Mi madre nunca pensó que estuviera «lisiada». Nos trajo a mi hermana y a mí al mundo de mi padre.

Cuando los doctores más tradicionales le transmitieron a mi madre sus preocupaciones médicas, recurrió a otro tipo

de especialistas. El doctor David Cheek, un obstetra/ginecólogo que practicaba medicina alternativa, era conocido por utilizar la hipnosis a través de los dedos de los pacientes para decirles las causas subyacentes de su enfermedad emocional o física. El proceso se denomina «ideomotor»: el médico o el paciente asigna a ciertos dedos las expresiones «Sí», «No» y «No quiero responder» y, cuando el médico pregunta al paciente hipnotizado, este contesta levantando el dedo correspondiente, incluso si el paciente piensa lo contrario cuando está consciente o cuando no tiene percepción consciente de la respuesta.

Con mi madre usó esta técnica para ayudarla con la cesárea. El doctor Cheek le preguntaba cosas durante el parto: «Dorothy, ¿te duele?». Y ella respondía con el dedo. Él preguntaba: «¿Aquí?», mientras estimulaba una zona, y ella respondía. Le hacía otra pregunta: «Dorothy, ¿puedes relajar el cuello del útero treinta segundos?», y ella lo hacía. «Dorothy, tienes que disminuir el sangrado... aquí», y ella lo hacía.

Mi madre fue un caso de estudio relevante.

El doctor Cheek pensaba que algunas emociones dejaban huella en las personas, incluso estando en el útero. Afirmaba que había enseñado a cientos de mujeres a comunicarse telepáticamente con sus futuros hijos.

Cuando mi madre contaba la historia de mi nacimiento, su voz adquiría un aura especial, como si hubiera tenido lugar algo parecido a la magia. Creo que eso era lo que pensaba. Cuando lo contaba mi padre la historia desprendía la misma veneración, como si hubiera sido un nacimiento de otro mundo.

La mañana que me puse de parto el sol aún no había salido. Me desperté porque no sentía nada moviéndose en mi interior. Palpé por todas partes aquel mundo que tenía por

barriga y nada de nada de nada, solo una redondez tirante. Fui al baño, hice pis y me subió una descarga eléctrica hasta el cuello. Cuando me limpié, vi que había sangre brillante. Desperté a mi hermana. Vi la preocupación en sus ojos. Llamé a la médica, que me dijo que probablemente no pasara nada y que fuera a la clínica por la mañana, cuando abriera. Sentía una carga inmóvil dentro del vientre.

Recuerdo inmensas oleadas de llanto. Recuerdo que se me cerró la garganta. No podía hablar. Tenía las manos entumecidas. Las cosas del bebé.

Cuando llegó la mañana, incluso el sol parecía fuera de lugar.

El nacimiento era lo último dentro de mi cuerpo.

Metáfora

Te voy a decir algo que te va a ayudar, pero no es lo típico. No aparece en los libros de texto ni en los manuales. No tiene nada que ver con la superación personal, la respiración, los estribos ni los espéculos —dios sabe que estos términos y métodos se han repetido hasta la saciedad—, ni con el primer, segundo o tercer trimestre, el primer movimiento del feto, la barriga baja, el parto, el estar embarazada, los latidos del feto, el útero, el embrión, la matriz, las contracciones, la coronación, la dilatación cervical, el canal vaginal o con respirar... Eso es: respiraciones cortas, transición y empujar.

Lo que quiero contarte no tiene mucho que ver con todo eso. La verdad es que la narración del embarazo es la que cada una quiera contar. Más concretamente, una mujer que encierra vida en su vientre hinchado representa una metáfora con la que crear una historia; una historia que todos podamos sobrellevar. La fecundación, la gestación, la contención y la creación de una historia.

Te voy a dar un consejo, algo que te sirva para esa narración tan grandiosa, ese estado épico, algo que puedas sobrellevar cuando llegue el momento.

Colecciona piedras.

Así de simple. Pero no cualquier piedra. Eres una mujer inteligente, así que tienes que buscar lo extraordinario en lo ordinario. Ve a sitios a los que normalmente no irías sola: la ribera de un río, un bosque frondoso, la parte de la orilla del mar donde la mirada de la gente se pierde. Tienes que vadear todo tipo de aguas. Cuando encuentres un montón de piedras, míralas bien antes de elegir una, deja que tus ojos se adapten, usa lo que sabes de la larga espera que te aguarda. Deja que tu imaginación cambie lo ya conocido. De repente, una piedra gris se torna cenicienta o se confunde con un sueño. Una piedra con un anillo significa buena suerte. Encontrar una piedra roja es descubrir la sangre de la tierra. Las piedras azules te dan confianza. Los patrones y las manchas de las piedras son trozos de diferentes países y territorios, preguntas en forma de motas. Los conglomerados representan la libertad de movimiento de la tierra dentro del agua, reducidas a algo pequeño, que puedes coger con una mano y pasártelo por la cara. La arenisca es relajante y lúcida. El esquisto, cómo no, es racional. Busca el placer en la simpleza de estos mundos que caben en la palma de una mano. Prepárate para la vida. Aprende a reconocer los momentos en los que no hay palabras para expresar el dolor ni la alegría, solo piedras. Llena todos los vasos transparentes que tengas en casa con piedras, sin importar lo que piense tu marido o tu pareja. Coloca montones de piedras en la encimera, en las mesas, en el alféizar de las ventanas. Clasifícalas por colores, texturas, tamaños y formas. Coge algunas más grandes y colócalas por el suelo del salón, sin importar lo que piensen los invitados; crea un intrincado laberinto de seres inanimados. Muévete alrededor de tus piedras como un remolino de agua. Aprende a detectar los olores y sonidos de los distintos tipos de piedras. Ponles nombre a algunas, no

geológicos, sino de tu propia cosecha. Memoriza dónde están, si faltan o si ya no están donde las dejaste. Báñalas una vez a la semana. Métete una diferente cada día en un bolsillo. Aléjate de lo normal, pero sin darte cuenta. Acércate al exceso, pero sin que te importe. Ten más piedras que ropa, platos y libros. Túmbate en el suelo junto a ellas; métete las más pequeñas en la boca de vez en cuando. Siéntete a veces lítica, petrificada o rupestre en lugar de cansada, irascible o deprimida. Por la noche, desnuda y en soledad, coloca una verde, una roja y una gris en distintas partes de tu cuerpo. No se lo digas a nadie.

Ya.

Cuando ya lleves meses coleccionándolas, cuando tu casa esté llena e hinchada, cuando empieces a experimentar contracciones y a dilatar; después de cerciorarte del color de la sangre —demasiado roja—; después de comprobar los segundos y los minutos en el reloj; después de empezar a controlar tu respiración y dejar que tus pensamientos se abandonen a la historia que te contaron sobre esto; después de que tu bebé nazca muerto por la mañana —algo que no sale en esa historia que te contaron—, y después de imaginar las palabras «nacido» y «muerto» en una misma frase, recurre a las piedras. Recurre a ellas y escucha el eco de mares tan lejanos como los de Ucrania. Huele las algas, saborea el salitre, siente el roce de las criaturas submarinas. Recuerda que hay partes de tu cuerpo diseminadas en el agua a lo largo y ancho de la tierra. Sé consciente de que formas parte de ella. Coloca toda la ropa de bebé que te han dado a modo de guiones o regalos en el suelo formando filas. Siéntate junto a esas prendas diminutas y las piedras y no pienses absolutamente en nada. Usa patrones y repeticiones interminables para acompañar a tu inconsciencia, que le digan que hay que olvidar esa otra historia más lineal, con su

introducción, su nudo y su desenlace, su fin transcendental. Déjate llevar, nosotras somos poesía, hemos vivido mucho, hemos llegado hasta aquí para decirte que sigas adelante, que no te quedes estancada.

Descubrirás que hay un tono y un argumento latentes en tu vida distintos a los que te habían dicho. Circulares y rodeados de metáforas. Algo casi trágico e insoportable refrenado por tu imaginación invencible —¿quién aparte de ti habría pensado en ello?—, por tu capacidad para transformarte como la materia orgánica que entra en contacto con elementos cambiantes. Las piedras albergan la cronología del agua. Todo vive y muere en tus manos.

Sobre el sonido y el habla

En mi casa, una de las esquinas del salón era la esquina de los llorones. Cuando llorábamos, teníamos que ponernos allí de cara a la pared. Subyacía la humillación. Mi hermana cuenta que cuando la mandaban a la esquina de los llorones dejaba de llorar casi al momento. La imagino yéndose de la esquina con la misma expresión de estoicismo que una monja, casi como una adulta.

Cuando yo llegué a la familia, ocho años después que mi hermana, las leyes de la casa seguían vigentes, pero ninguna parecía funcionar conmigo. Con cuatro años, cuando lloraba lo hacía desconsoladamente. Era épico. Y lloraba sin parar. Lloraba cuando tocaba irse a la cama. Lloraba por la noche. Lloraba cuando la gente que no conocía me miraba. Lloraba cuando la gente que sí conocía me hablaba. Lloraba cuando alguien intentaba hacerme una foto. Lloraba cuando me dejaban en el colegio. Lloraba cuando me daban de comer cosas nuevas. Lloraba cuando escuchaba música triste. Lloraba cuando adornábamos los árboles de Navidad. Lloraba cuando la gente abría la puerta en Halloween y les decía «Truco o trato». Lloraba siempre que tenía que usar los baños públicos, o el baño de cualquier casa, o los baños del colegio. Hasta que cumplí los trece.

Lloraba cuando se me acercaba una abeja. Lloraba cuando me hacía pis encima, desde la guardería hasta los doce años. Cuando me hacía un moratón, un rasguño o un corte. Cuando me metían en la cama y me quedaba a oscuras. Cuando me hablaban desconocidos. Cuando los niños me trataban mal, cuando me enredaba el pelo, o cuando me dolía la cabeza por comer helado, o cuando llevaba puesta la ropa interior del revés, o tenía que usar botas de agua. Cuando me lanzaron al lago Washington durante mi primer entrenamiento de natación. Cuando me vacunaban. En el dentista. Cuando me perdía en el supermercado. Cuando iba al cine con mi familia. De hecho, una de mis lloreras más memorables fue viendo *Lo que el viento se llevó*; lloré desconsoladamente cuando la niña se cayó del poni y cuando Rhett dejó a Scarlett. Durante una semana.

Lloraba cuando mi padre me gritaba, pero a veces bastaba con que entrara en mi habitación para ponerme a llorar.

Que mi madre o mi hermana vinieran a salvarme suponía una pequeña victoria, más o menos del tamaño de un niño.

Me quedé sin voz.

En mi casa, el sonido del cuero golpeando el culo desnudo de mi hermana me dejó sin voz durante años. El intenso zurriagazo sobre la hermana que me precedía, en la que recaía todo antes de que yo naciera. Cuando escuchaba el sonido del cinturón sobre su piel me mordía el labio. Cerraba los ojos, me agarraba las rodillas y me balanceaba en un rincón de mi habitación. A veces me daba cabezazos contra la pared rítmicamente.

Sigo sin poder soportar su silencio mientras la azotaba. Antes de que parara debía de tener unos once años. O doce. O trece. Yo estaba sola en mi habitación y me tapaba la cara

con la almohada; sacaba la parka del armario y hundía la cabeza en ella; dibujaba en las paredes, aun siendo consciente del castigo, apretando la cera de color con todas mis fuerzas, hasta que se rompía. Hasta que escuchaba que había parado. Hasta que escuchaba a mi hermana ir al baño. Yo entraba a hurtadillas y me abrazaba a sus rodillas. El fantasma silencioso de mi madre le preparaba un baño de espuma. Mi hermana y yo nos metíamos juntas en la bañera. Nos enjabonábamos la espalda, en silencio, y nos dibujábamos cosas en la piel con las uñas. Si era en la espalda, tenías que adivinarlo. Yo dibujaba una flor, una carita sonriente... Le dibujé un árbol de Navidad que la hizo llorar, pero en sus manos. Nadie podría haberla escuchado. Solo se le movían los hombros y la espalda. Las marcas rojas de las uñas infantiles se quedaban incluso después de aclarar el jabón.

Cuando mi hermana se fue de casa yo tenía diez años.

No volví a hablar con nadie, aparte de mi familia cercana, hasta los trece años. Ni siquiera cuando me tocaba salir en clase. Miraba hacia arriba, con la garganta cerrada y los ojos llorosos. Nada de nada. O si un adulto me pedía que hablara, levantaba una pierna y la sujetaba imitando a una cigüeña y el otro brazo me lo ponía detrás de la cabeza haciendo una ele y me balanceaba hasta que perdía el equilibrio. En vez de hablar era un pajarillo haciendo ballet, una niña con el brazo en forma de ele, de Lidia. Cualquier cosa menos hablar. Todo el tiempo que pasé con mi hermana lo pasé en silencio. Y también después de que se fuera. El pánico le había robado la voz a una niña.

A veces creo que mi voz llegó a través del papel. Tenía un diario que escondía debajo de la cama. No sabía qué era un diario. Simplemente era un cuaderno rojo donde hacía dibujos y

escribía verdades y mentiras. Indistintamente. Me hacía sentir... que era otra persona. Escribía sobre la voz fuerte y airada de mi padre. Sobre lo mucho que la odiaba. Sobre lo mucho que deseaba acabar con ella. Escribía sobre natación. Sobre lo mucho que me gustaba. Sobre cómo las niñas hacían que se me calentara la piel. Sobre los niños y el hecho de que estar con ellos me daba dolor de cabeza. Sobre canciones de la radio y películas y sobre mis mejores amigas, Christie y Katie, de la que tenía celos pero a la que quería lamer, y sobre lo mucho que quería al entrenador de natación, Ron Koch.

Escribía sobre mi madre..., sobre la parte de atrás de su cabeza; ella me llevaba y me traía de natación. Sobre su cojera y su pierna. Su pelo. De lo ausente que estaba, vendiendo casas y ganando premios hasta bien entrada la noche. Le escribía cartas a mi hermana huida que nunca envié.

Y escribía sobre el sueño de una niña pequeña. Quería ir a las olimpiadas, igual que el resto del equipo.

Cuando tenía once años escribí un poema en mi cuaderno rojo que decía así: «En casa, / sola en la cama, / me duelen los brazos. / Mi hermana se fue, / mi madre se fue, / mi padre diseña edificios / en la habitación de al lado, / está fumando. / Espero hasta las cinco de la mañana. / Rezo para irme de casa. / Rezo para irme a nadar».

Mi voz empezaba a surgir. Algo sobre la casa paterna. Algo sobre la soledad y el agua.

Mi mejor amigo

Con quince años mi padre me dijo que íbamos a mudarnos del estado de Washington a Gainesville, en Florida, porque allí estaba el mejor entrenador de natación del país: Randy Reese, del Florida Aquatic Swim Team.

Recuerdo estar sola en mi habitación y pensar: «¿Cómo? ¿Por qué dejar nuestra casa como si nada por algo que se llama FAST? ¿Por qué cambiar los árboles, las montañas, la lluvia y la vegetación del noroeste por una franja de arena y caimanes?». No conocíamos a nadie en Florida. Nunca había estado allí. Las únicas cosas que me importaban estaban en la piscina: las únicas personas en las que confiaba o a las que quería, la única vez en mi vida que me sentí bien, el único lugar en el que me sentía como algo más que una hija. ¿Y por qué me había dicho que nos mudábamos por mí? Yo no lo había pedido. ¿Por qué iba a hacerlo?

Me encantaba el entrenador de natación. Era el único hombre en mi vida que se portaba bien conmigo. Es el hombre que me explicó durante el entrenamiento por qué tenía sangre resbalándome por la pierna y qué tenía que hacer al respecto cuando pensé que me estaba muriendo de cáncer. El hombre con el que entrenaba seis horas al día seis días a la

semana para ganar. Él me ayudó a corregir mi brazada. Me animaba cuando me cansaba. Me cogía en brazos cuando ganaba y me pasaba el brazo y una toalla por encima cuando perdía. Cuando le pregunté a mi padre que qué pasaba con Ron Koch, me dijo que nadie sabía quién era.

Cuando le pregunté a mi madre su rostro se llenó de arrugas de preocupación. Se puso las manos sobre el muslo, una encima de la otra, y me dijo: «Bueno, Belle, han ascendido a tu padre. Es mucho dinero».

Cuando le pregunté si ella quería mudarse a Florida, me contestó: «Dice que te mereces lo mejor. ¡Y allí hace sol, Belle!».

Ciertamente, ascendieron a mi padre a arquitecto jefe de la costa sudeste. Pero eso no fue lo que me dijo él. Me dijo que era un sacrificio que hacían por mí.

Dentro de casa siempre olía a tabaco. De vuelta a la cama pensé en mi mejor amiga, Christie. La conocía desde los cinco años. Comíamos juntas todos los días en los pasillos del instituto. Nos sentábamos juntas en clase de arte y yo anhelaba que todas las clases fueran clases de arte. Había estado de vacaciones con su familia y yo pensaba que ojalá fuera la mía. Me puse a llorar tan fuerte que acabé mordiendo la funda de la almohada hasta romperla.

Así que dejé de ir a una piscina para meterme en otra. Uno podría pensar que el agua es igual en todas partes. Pero no es así. En Florida, el agua del grifo sabe a cieno. El agua de la ducha es extrañamente resbaladiza. La lluvia es tibia y deja un vapor espeso a su paso que asfixia a la gente que no está acostumbrada. El agua del mar está caliente como la orina y la de la piscina está templada incluso en diciembre. Como cuando te estás dando un baño y el agua empieza a enfriarse, pero en una bañera gigante. Los huracanes van a parar a Florida.

Lo odiaba.

Randy Reese apenas me miraba. Había olímpicos en su equipo. Yo intentaba darles alcance, seguirles el ritmo, incluso a veces lo conseguía, pero ni lo mucho que me esforzaba, ni mis tiempos, ni mi peso ni mi lugar en el podio importaban: nunca sentí que formara parte de... su equipo. Cuando lo hacía bien, me mostraba mis marcas en un portapapeles. Cifras. Yo me quedaba ahí quieta, muda y chorreando, esperando un abrazo. Pero él no era así. Antes de los campeonatos importantes nos hacía a todas pesarnos. Si te pasabas, «lametón»: nos daba un golpe con una tabla de poliestireno entre la parte posterior de los muslos y el culo. Un lametón por cada medio kilo. La piscina se había convertido en un espacio para la humillación, por lo que ya no había nada que la diferenciara de mi casa.

Toda promesa alguna vez albergada en mi piel de nadadora, toda esperanza albergada cuando nadaba, empezó a ahogarse. En casa, la presencia y la ira de mi padre dejaban las habitaciones sin aire. En la piscina, el hombre que gritaba desde el lateral nos daba golpes con una tabla de nadar y nunca sonreía.

En el campeonato de natación estatal de mi último año hicimos el mejor tiempo del país en los relevos de 200 yardas estilos. Mientras estaba en el podio con las otras tres chicas, miré hacia las gradas. Mi padre no estaba en ninguna parte. Mi madre olía a vodka, lo notaba desde el otro lado de la piscina. Randy Reese ni siquiera me miró. Pero daba igual, porque Jimmy Carter nos boicoteó y nos arrebató nuestro sueño infantil de convertirnos en nadadoras de renombre, incluida la famosa cantera de ganadores de Randy. No había ya palabra con la que me identificara. Ni deportista ni hija.

Odiaba a Randy Reese. Odiaba a Jimmy Carter. Odiaba a Dios. Y también a mi profesor de matemáticas, el señor Grosz. Pero a quien más odiaba era a mi padre, un odio persistente que fue mutando. Los hombres me habían jodido la vida. Incluso el agua parecía haber renegado de mí.

Pero en ella conocí a un chico diferente a todos.

Estuvo yendo a la piscina conmigo durante aquellos tres insoportables años en Hogtown. Guapísimo, con el cuerpo alargado, igual que los brazos y las piernas, y con unas pestañas muy largas y el pelo también largo. Y tenía la piel tostada, oscura, como los ojos. Y también guardaba un secreto en la piel, pero no relacionado con sus padres.

Este chico, mi amigo, era el mejor estudiante de arte del instituto. Qué digo: era el mejor de los mejores de *cualquier* instituto; de hecho, era de lejísimos mejor que *cualquier persona* de Florida que osara llamarse a sí misma «artista». Pintaba, hacía esculturas, dibujaba... Y, cuando lo hacía, absolutamente todo lo que salía de sus manos era increíble.

Cuando me mudé a aquel sitio de mala muerte que era Gainesville, me llamó a casa la primera semana y me invitó a ir con él al río Itchetucknee para recorrerlo montados en un flotador gigante. Qué idioma tan raro el que salía de los agujeros del auricular. ¿Itchetucknee? No tenía ni la más remota idea de lo que estaba diciendo, pero le dije que sí.

El agua del Itchetucknee está congelada; aunque el cauce es estrecho, profundo y tiene corriente. Desde el agua puedes ver ciervos de cola blanca, mapaches, pavos salvajes, patos joyuyos y garzas azuladas. Y serpientes. Pero eso alberga cierta belleza. El Ichetucknee es un río de aguas azules cristalinas que fluye a lo largo de casi diez kilómetros rodeado de hamacas a la sombra y humedales, hasta desembocar en el río Santa Fe. Mi

amigo el artista y yo estuvimos tres horas a flote. Me estuvo preguntando sobre mi vida y yo le pregunté sobre la suya. Nos reímos. Disfrutamos al sol como los lagartos. Nadamos como los nadadores después de su sesión de largos. Y al final del recorrido en flotador sentí que lo conocía desde hacía años.

Creo que no mentiría si digo que nos vimos todos los días durante casi tres años, excepto los domingos. Casi siempre quedábamos en el instituto y yo me iba a clase de lengua y de francés y él al aula de arte, y luego comíamos juntos. O nos pasábamos el día entero en el aula de arte. O íbamos a su casa y nos comíamos un sándwich y escuchábamos a Pat Benatar entre un entrenamiento y otro. O nos echábamos la siesta. Casi no tenía vello corporal y tenía la piel suave como el terciopelo.

No sé muy bien cómo expresar lo mucho que lo quería. Pero era un amor con el que no sabía qué hacer. Tonteeé insistentemente con él, pero no parecía estar interesado en mí sexualmente. Otros chicos de Hogtown sí parecían querer acostarse conmigo de forma sistemática, incluso en el 7-Eleven; pero él, nunca. Así que me acostaba con chicos de Hogtown. Y seguí intentándolo con las nadadoras. Pero entre el artista y yo no pasó nada.

Y aun así me hizo un vestido espectacular de seda de color borgoña para la fiesta de graduación, con la espalda al aire y unos tirantes cruzados finísimos que iban de la parte delantera hasta cerca del culo. *Nadie* llevó un vestido tan chulo, y probablemente nunca lo hayan hecho, en ningún lugar del país.

Y me hizo una chaqueta cortita de estilo años cincuenta con las mangas abullonadas usando la parte de arriba de un traje de chaqueta de hombre que dejó a todo el instituto boquiabierto.

Y me cortó el pelo a media melena. La gente se volvía para mirarme.

Y me maquillé (la única vez que me he maquillado en mi vida) y me hizo fotos.

Y el amor que sentía por él creció más y más, pero no tenía donde ponerlo. Simplemente se acumulaba dentro de mí como supongo que se acumula el esperma en los hombres que llevan tiempo sin hacerlo. A veces sentía que iba a desmayarme, pero entonces cocinaba algo que le quedaba riquísimo. Dios... Sabía hacer tarta de queso. Lo único que quería era estar con él. Todo el rato. Olía a manteca de cacao.

Días y días y días y días y días... Seguramente, los más felices de mi vida hasta entonces, a pesar de lo mucho que odiaba Florida.

Entonces, un día, mi madre, borracha, le dijo a la madre de Jimmy Heaney en el pasillo del súper que había escuchado que mi artista era gay. Es decir, la estúpida de mi madre descubrió que mi artista era gay antes de que él mismo saliera del armario. Es homosexual, un homosexual con acento sureño.

Y entonces dejó de hacerlo.

Dejó de llamarme. Dejó de quedar conmigo. Dejó de contar conmigo en su vida.

¿Sabes qué se siente cuando un gay guapísimo deje de quererte?

Es como estar muerta.

La maleta

A veces pienso en que llevo toda la vida siendo nadadora. Todos mis recuerdos se arremolinan como el agua en mi memoria alrededor de los acontecimientos de mi vida. O puede que todo lo que me ha pasado lo entienda mejor si lo visualizo en una piscina grande llena de agua turquesa clorada. Ni siquiera Florida iba a acabar con la nadadora que llevaba dentro.

En la fiesta de graduación eché un pulso con cinco chicos que pronto serían hombres. Perdí una vez. Después de la fiesta nos emborrachamos y nos colamos en la piscina de Gainesville. Estuvimos nadando en pelotas en una piscina olímpica de cincuenta metros, la misma piscina en la que me tiraba nadando dos horas todas las mañanas y todas las tardes. Nunca en mi vida había estado tan fuerte. Parecía uno de ellos. Tenía bíceps, mandíbula y hombros de chico. El pelo no dejaba adivinar mi género. Estaba plana. Cuando llegó la hora del magreo me puse a hacer largos.

Aquel verano se me hizo más largo y húmedo que al resto. El aire era más que bochornoso. En junio empezaron a llegar las cartas. Eran ofertas de becas. Para natación. Visados de salida.

Todas las tardes miraba dentro del buzón. El aire me rajaba los pulmones como una navaja justo antes de abrirlo, y pasaba

las cartas rápidamente, todas morralla, con la esperanza de notar un peso diferente. Con la esperanza de partir.

Recibí cinco cartas.

Noté que la primera pesaba, me gustó. Era de Brown. El logotipo rojo y negro de la Universidad de Brown me recordó a la realeza. Lo acaricié con la punta de los dedos y noté su suavidad, el papel presagiaba algo diferente. Lo olí. Cerré los ojos y me lo llevé al corazón. Entré a casa con él y con la sensación de tener algo en lo que creer.

Una vez dentro, lo puse sobre la mesa de la cocina. Lo dejé allí durante toda la cena, que comimos en el salón viendo la tele. *Barney Miller*. Sentía la sangre en los oídos.

Después de cenar, después de ver *Taxi* y después de que mi padre se fumara tres cigarros, por fin fue a la cocina; le siguió mi madre y luego yo.

Nos sentamos en la mesa de la cocina como supongo que hacen todas las familias. Mi madre y yo cogimos aire. Mi padre abrió la carta muy despacio, como si le faltara un hervor. La leyó en silencio. Lo miré a sus ojos azules, como los míos. Yo en mi cabeza estaba haciendo largos. Mi madre se sentó a mi lado, borracha, frotándose las manos. Yo intentaba no morderme la lengua.

Y por fin habló. Una beca del 75 por ciento en una universidad esnob. Una escuela para chicas ricachonas y gilipollas. Mi madre miró por la ventana para encontrarse con la noche floridana. Miré el papel con el logo de Brown y mi nombre. Sabía que no era cuestión de dinero. Teníamos dinero. Era más bien lo que dijo mi padre después. Con el cigarro en la boca, me lanzó el humo a la cara formando halos de humillación y me preguntó que si me creía que era especial. Fue como si me estrangularan. Cuando me llegaron a la garganta, me tragué las palabras.

La segunda carta era de Notre Dame. Seguíamos sentados en la mesa, la madre, el padre y la hija. El humo del cigarro confería un halo cinematográfico a la escena. Yo estaba sentada en silencio, era consciente de la tiranía que conllevaba hablar. Mi madre se estaba retorciendo un mechón de pelo, hasta tal punto que yo pensaba que se lo iba a acabar arrancando. ¿Por qué dijo que no? Porque podía.

La tercera carta era de Cornell.

La cuarta, de Purdue.

No.

Sentados en la mesa en una cocina de Florida.

La presencia de mi padre llenaba todas las habitaciones de la casa. Todas menos una. Mi habitación estaba llena de la humedad y la oscuridad de mi cuerpo. Olía a mi piel, a cloro y a marihuana. Las dos ventanas de enfrente fueron durante mucho tiempo mi portal a la vida nocturna de las chicas que huían. Una bochornosa noche de julio, tanto que cualquier niña pequeña se habría ahogado, estando sola en la cama, decidí que me iba. No sabía cómo, pero iba a escaparme. Esa noche me masturbé tanto que acabé con la piel en carne viva. Justo antes de acostarme, visualicé una maleta, la más grande que teníamos. Descansaba silenciosamente en el garaje, detrás de los palos de golf de mi padre y las cajas llenas de vidas pasadas. Era negra y del tamaño de un pastor alemán, lo bastante grande como para guardar la ira de una niña.

El día de los preliminares estatales de ese año, estuve con Sienna Torres en los vestuarios apurando una botella de casi un litro de vodka. Si hubiéramos sido hijos a punto de ser hombres, de fijo que hubiéramos cogido el coche de alguno de los padres para irnos a Canadá. O nos hubiéramos enfrentado a la autoridad por primera vez, sin importarnos el ojo morado.

Pero allí estábamos, sentadas en el cemento bebiendo bajo la mirada de asco de unas deportistas afeitadas y obedientes.

Incluso borracha quedé quinta para la final de braza. En la final, una rubia que no conocía con el pelo grasiento y gafas de culo de botella se acercó a mí tras quedar segunda en los 100 metros braza. Mi marca fue 1:07.9. Tenía pinta de porrera. Me dijo que era la entrenadora de la Texas Tech y que, aunque no podía hablar conmigo en ese momento, con el agua y la ira infantil chorreando por mi cuerpo, me llamaría al día siguiente para hablarme de una beca completa. No contesté. Cuando recuperé el aliento miré a mi madre, que estaba en las gradas medio balanceándose, bebida. Esperaba que no se cayera. Mi madre, la única cosa que conocía de Texas, estaba sentada en las gradas farfullando.

Cuando la entrenadora de la Texas Tech me llamó a casa, mi padre estaba en el trabajo. Hablé por teléfono con aquella mujer de pelo grasiento y gafas de culo de botella. Escuchaba el dulce acento sureño de mi madre a mi espalda, enrollándose en mis hombros —como hace la miel con las abejas—, y escuchaba la voz de aquella mujer, y me escuché a mí diciendo que sí. Sí.

¿No sería genial que hubiera sido así de fácil? La voz de una madre allanando el camino para la partida de su hija. Esta nadadora rubia se va al aeropuerto a coger un avión. Ahí os quedáis.

Una semana más tarde, cuando llegaron los papeles que tenía que firmar, mi padre estaba en el trabajo. Los firmó mi madre. Recuerdo quedarme pasmada mientras miraba su mano. Tenía una letra preciosa. Después los metió en el sobre, cogió las llaves del coche y me dijo «vamos» con su característico acento sureño alcoholizado. Nos subimos al coche familiar,

de la agencia inmobiliaria, fuimos a la oficina de correos y metió mi libertad en la boca metálica azul del buzón. Sentí que casi la quería.

El resto del mes de julio él se lo pasó cabreado. Y todo agosto. Todos los días, cuando llegaba a casa del trabajo, encontraba alguna forma de llenar la casa de ira, de hacer temblar las paredes con humillación; y, mientras tanto, las mujercitas tragaban y tragaban. Alguna vez llegué a pensar que nos acabaría matando a alguna de las dos. Pero no tenía miedo. Sentía el latido de las paredes con la palma de mi habitación.

Ese verano, durante uno de sus arranques de ira, tiró un plato contra la puerta corredera de cristal. Supuse que lo habría hecho añicos, pero no se escuchó nada. Otra noche me rompió la bolsa de natación y la dejó destrozada; el bañador y las gafas volaron por los aires. Una vez me siguió hasta la puerta de mi habitación. Sentí sus palabras ardiendo en mis hombros. Se quedó en el marco de la puerta. Cuando me volví para mirarlo, estaba temblando de la ira. Y entonces me dijo: «Esto es autocontrol. Me estoy controlando. No tienes ni idea de hasta dónde puedo llegar». Nos miramos fijamente.

Pensé: «Aquí tu hija se larga, hijo de puta».

Pero otras noches se transformaba en un hombre cuyo deseo se retorció en su interior. Sobre todo a medida que se acercaba mi partida. Una noche de agosto que llovía a cántaros, me sentó en el sofá del salón, me pasó el brazo por encima de los hombros y me masajé el brazo más alejado con el pulgar haciendo unos círculos espeluznantes. Su voz sonaba más que tranquila. Luego me contó lo que los chicos querían hacerme: meterme sus sucias manos por debajo de la falda, separarme las piernas y hacerme dedos; sobarme y agarrarme las tetas, y chuparlas. Me dijo que iban a ser asquerosos,

con sus manos y sus caderas y su aliento caliente y sus ganas de metesaca. Y lo que harían con su polla. Y yo, sentada a su lado en el sofá, consciente sin siquiera mirarlo del calor que desprendía mientras se tocaba, sintiendo como si me estuvieran pinchando con alfileres, apretaba los dientes, y él me decía que tenía que negarme, que recordar que era su hija y que él era el único hombre de mi vida que me daría las fuerzas necesarias para decir que no.

Yo me decía: «Esto es lo que demuestra que no está bien. Esto es por lo que ha llegado la hora de irse».

Ya había pensado en irme anteriormente. Como una fugitiva. Pero el año en que mi madre intentó suicidarse, cuando yo tenía dieciséis, mi hermana tuvo el coraje de volver del santuario —la universidad— para ver si quería irme con ella. Que viniera y me preguntara de alguna manera bastó para poder sobrellevarlo durante dos años más.

Pensé en los secretos que había ido almacenando en mi cuerpo. La de veces que había salido gateando por la ventana de mi habitación para meterme en un coche. El fuego imparabable entre mis piernas. No el suyo. Pensaba en el vodka. Casi ahogándome. Cuando me sentó en el sofá para decirme que era suya, yo ya estaba muy lejos de ser una hija. Una maleta negra tomaba forma y escribía mi historia en mis sueños. Sentía que había una fuerza entre nosotros. Era mi sexualidad, no la suya.

Nuestro enfrentamiento paternofilial tuvo lugar en el garaje una semana antes de irme, junto al coche familiar de mi madre y el Camaro Berlinetta de mi padre. Había ido al garaje a coger la maleta negra. Tenía en mente llevármela a mi habitación y llenarla hasta arriba. Cuando la encontré, deslicé la cremallera y me topé con su boca. Olía a tabaco. La abrí y vi que dentro había dos camisas de mi padre de algún viaje. Me

quedé mirándolas hasta que sentí un hormiguelo en el cuello. Cogí un trozo de tela de una de ellas y me lo metí en la boca y lo mordí con todas mis fuerzas, tanto que me tembló la cabeza. Luego las cogí y salí a tirarlas a la basura.

Cuando volví, rebusqué en todos y cada uno de los compartimentos de la maleta: un tubo de pastillas de menta; parte del envoltorio de un paquete de tabaco; un peine; dos condones... La levanté y la agité. Por fin estaba vacía de él. Le cerré la boca. Me levanté para llevar la maleta a mi habitación y entonces apareció allí. Lo escuché antes de verlo y, cuando me di la vuelta, estaba debajo de la bombilla del garaje, que se balanceaba solitariamente, con la cabeza iluminada de una forma extraña. Luego se puso a gritar, un rollo lento y absurdo que acabó resonando enseguida como un rugido, igual que el motor de un Camaro Berlinetta. Me llamó puta, nombró mis pecados, enumeró todos mis errores, mis defectos y mis comportamientos vergonzosos, todas las cosas malas que me habían acabado arrastrando a ese momento entre padre e hija.

Puede que todo fuera verdad. Puede que tuviera razón. Puede que, como él decía, acabara siendo una puta fracasada. Pero era buena nadando. Y él no.

En un momento dado, me cogió del brazo; aunque sentí cómo se me iba formando un moratón, no solté el asa de la maleta. Si hubiera querido, podría haberle dado con ella en la cabeza en cualquier momento. Por alguna razón, esa noche, mi remordimiento y mi miedo de niña habían desaparecido. Me imaginé que era un niño, el hijo de otra persona. No tienes ni idea de hasta dónde llegaré, hijo de puta.

Lo miré a los ojos. Azul sobre azul.

Noté que se me ensanchaban los hombros y que se me pronunciaba la mandíbula. Tenía la adrenalina a mil por hora,

como antes de una carrera. Nada de lo que me dijo hizo que me viniera abajo. Y creo que se dio cuenta, porque cambió de rumbo y empezó a hablar airadamente de lo que le estaba haciendo a mi madre. ¿Es que quería que mi marcha acabara con ella? ¿Como la mierda de mi hermana, que era una egoísta? ¿Así era yo? ¿Una puta egoísta que quería acabar con mi madre? ¿Pensábamos mi hermana y yo, unas gilipollas engreídas, que éramos superiores al resto?

Sí, mi hermana y yo éramos unas egoístas. Queríamos nuestra propia identidad. Ni la ira ni el amor iban a detenernos. Eso fue lo que dije.

Que
te
jodan,
gilipollas.

Volví a decirlo, más alto, y una vez más, hasta que acabé gritándolo, a pleno pulmón de nadadora. Entonces le dije: «Quítate de en medio, sádico de mierda», y columpié la maleta hacia atrás. Todo él se cernió sobre mí, alzó el puño, con los nudillos blancos y la cara roja, y apretó los dientes y los ojos, esos ojos de padre llenos de ira..., e hice lo que estaba destinada a hacer. Me incliné hacia él hasta estar lo más cerca posible de su cara y le dije que lo hiciera, con la maleta en guardia.

Soné igual que él.

Parecía que estábamos a punto de morir. Pero lo único que me hizo falta para salir de allí era mi propio cuerpo. Lo escuché resollar detrás de mi imponente espalda. Y me planteé qué pasaría si me diera un puñetazo en la parte de atrás de la cabeza. Pensé que podría soportarlo.

Me llevé la maleta a mi habitación. Entré, cerré la puerta y me quité la ropa. Olía a cloro y a sudor. El calor veraniego

se colaba por la mosquitera de la ventana. Apoyé la cabeza en la almohada, expectante. Oí un coche pasar. Oí a un perro ladrar. Oí el viento estremecerse en los arbustos que había debajo de la ventana. Y cigarras. Y ranas. Me quedé esperando, alerta, hasta que me cansé. Me llevé la mano a la entrepierna y separé los labios. Estaba mojada. Empecé a deslizar los dedos en círculos, rápido y con fuerza. Cerré los ojos. Pensé en Sienna Torres metiéndome los dedos en el coño, bien abierto, tan abierto como una boca gritando «hijo de puta». La corrida fue tal que aquello salió disparado. Esa noche aprendí que el cuerpo de una chica era capaz de hacer eso: disparar flujo.

Lo primero que metí en la maleta negra fue una petaca y una caja con lo que en su momento fue pelo de mi madre.